

## LIBRO SEGUNDO.

---

### El reinado de la clase media.

El papel del pueblo en la Revolucion.—La Revolucion tiende efectivamente á la opresion del pueblo por la Clase media.—Las protestas del primer momento.—El martirologio de los obreros.—La Clase media se instala.—Cómo comprendía la Iglesia la ley del trabajo.—El *Derecho á la pereza* del Sr. Pablo Lafargue.—La explotacion industrial.—La concurrencia desenfrenada.—Los amores baratos.—Como acabó Mimi Pinson.—La Clase media, después de haber explotado al Pueblo, es á su vez despojada por el judío.—La desaparicion del pequeño menestral.—La decadencia de la Clase media.—La juventud de las escuelas.—¡Viva Ferry y los embrolladores!

¿Quién no sabe la fábula alemana? Un lobo y un zorro cogen una gallina y acuerdan no comerla hasta el dia siguiente. El lobo se duerme, el zorro come la gallina, embadurna el hocico del lobo con plumas y se ensucia á su lado. Al despertar el lobo, le abruma á insultos el zorro por haberse comido la gallina.

—¡Cómo! ¿yo me comí la gallina?

—¿Te atreverias á negarlo? tienes todavía sus plumas en el hocico y tus inmundicias te denuncian lo bastante.

De la misma manera poco más ó menos pasó la escena en cuanto á la historia de la Revolucion.

La Clase media embadurnó al Pueblo con el lodo sangriento del Terror y le afirmó que él lo habia hecho todo.

No era esto más exacto que la leyenda de la tierra dada á los campesinos por la Revolucion. Los hombres, vestidos

con trajes de mujeres del Mercado que Choderlos de Laclos, el agente del duque de Orleans, lanzó sobre Versalles en octubre, los que llevaban picas, los seccionarios, los Descamisados activos que formaban el ejército terrorista nunca excedieron de 2 á 3.000 en Francia y se reclutaron mucho más en las filas de los desclasificados y de los malhechores que en las del Pueblo.

El verdadero Pueblo, sin darse cuenta exacta de la operación, comprendió perfectamente que se le jugaba una mala pasada y que se le escamoteaba algo.

En el momento en que se abolían definitivamente las corporaciones, la clase laboriosa hizo oír formidable protesta. El 10 de junio de 1790 se reúnen en los Campos Eliseos cinco mil zapateros; los carpinteros se agrupan alrededor del Arzobispado. Los albañiles, los pizarros, los tipógrafos se reúnen en otros puntos de la capital.

El alcalde, Bailly, que fué tan justamente guillotinado por haber hecho disparar sobre el Pueblo luego que estuvo en el poder, después de haberlo excitado á la insurrección cuando no estaba en el poder, contesta, como se intenta contestar hoy por la Declaración de los derechos del hombre: « Como hombres teneis todos los derechos, sobre todo el derecho de morir de hambre.»

« Todos los hombres, dice Bailly, son iguales en derechos, pero no lo serán jamás en facultades, en talento y en medios.»

Después añade el buen apóstol: « Una coalición de obreros para fijar el salario de sus jornales en precios uniformes, forzar á los del mismo estado á someterse á lo que ellos fijaran, sería contrario á sus verdaderos intereses; sería además una violación de la ley, el anonadamiento del orden público, un ataque inferido al interés general.»

Es la misma farsa menestral que sirve siempre pero no gastada aun después de cien años.

Los obreros no se desaniman. Delegados nombrados por todas las corporaciones dirigen una instancia á la Asamblea nacional.

El comité de las patentes está encargado del exámen. Acuerda no admitirla. Chapelier, que fué guillotinado como Bailly, declara en la tribuna que las reuniones de obreros son inconstitucionales, ya que no hay corporaciones en el Estado—y no hay más que el interés particular de cada individuo y el interés general.

La Asamblea vota un decreto conforme con esta proposición.

Vuelven á la carga los artesanos: algunos de sus mandentarios se presentan el 29 de junio á la barra de la Asamblea, y el presidente Barnave, que fué también, tan justamente, guillotinado, les contesta con estas consoladoras palabras:

« La Asamblea, por sus trabajos, tiene derechos á vuestra confianza. No perderá ya de vista lo que puede consolidar una constitución que tiene por base los Derechos del hombre y por fin la felicidad pública.

« La Asamblea nacional tomará en consideración el objeto de vuestras instancias, os ha escuchado con interés, y os invita, si lo permiten vuestros intereses, á que asistais á la sesión.»

Ahora, hemos progresado. No se invitaria á comisiones obreras para que asistieran á la sesión; los puestos en las tribunas los toman las mujeres de moral ambigua y otras de vida airada que van á ver á los jóvenes legisladores ejerciendo su mímica oratoria. Si el pueblo manifestara la intención de llevar sus reclamaciones á la barra de la Asamblea, un Gragnon ladrón de expedientes, ó un Lozé cualquiera se pondría de plantón, desde mediodía, delante de las rejas del palacio Borbon y diría en un momento dado á

cualquier auxiliar de juez: «Cargad contra la multitud y cortad el puente.» Mientras tanto, los representantes de la izquierda, que el día ántes lamian los piés de los proletarios para ser diputados, reirian de buena gana al abrigo de los grilletes debidos á Madier de Montjau.

Lejos de hacer algo á favor de los obreros, la clase media les quitó pues muy luego el derecho sagrado en cuya posesion estaban desde siglos ántes: el derecho de reunirse para discutir sus intereses, de ponerse de acuerdo para oponer la fuerza colectiva á la fuerza del capital; y á los que no tenian les ponía á merced de los que tenian algo.

Un decreto del comité de Salvacion pública del día dos de pradial, año II, mandaba que los obreros y los jornaleros que se coaligaran para pedir aumento de salario, serian entregados al Tribunal revolucionario.

Esta legislación quedó en vigor bajo una forma suavizada y solo merced á la iniciativa de Napoleon III se reconoció á los trabajadores el derecho de coalicion y de huelga.

Esto explica que el Pueblo, en las ciudades como en el campo, haya sido casi por completo hostil á la Revolucion (1).

Solo hasta muy tarde, después de muertos ya los viejos, la clase media, merced á la prensa y al poder de las letras de molde, consiguió persuadir al Pueblo que la Revolucion

(1) Todos saben que la guillotina mató más hombres del pueblo que nobles. De 12,000 condenados á muerte, cuya cualidad y profesion se han hecho constar, se cuentan 7,545 pertenecientes al pueblo, campesinos, labradores, obreros, criados.

La Restauración que no se atuvo en nada á las tradiciones de la antigua Francia, nunca hizo nada, segun lo he consignado ya, para honrar á esos mártires; solo ahora se ha pensado en ellos. Un valiente periódico, la *Corporation*, ha publicado, bajo el título de *Martirologio de los obreros* una lista incompleta aún, pero que es un primer homenaje tributado á esas humildes víctimas.

era su obra. El Pueblo se creyó entonces obligado á continuar lo que él se imaginaba haber hecho y la Clase media no tuvo que hacer más que lanzar á la calle los habitantes de los suburbios luego que tuvo una ambicion que satisfacer, un odio que saciar, una envidia que realizar, carteras ó empleos que conquistar. De este modo, por una ceguera particular, trabajaron los proletarios por asegurar con sus propias manos á la Clase media, en toda su plenitud, el poder político de que se apresuró á servirse la Clase media contra los que se lo habian dado.

La turbamulta no tomó parte en la Revolucion sino por su lado del sacrificio, hizose matar en todos los campos de batalla de Europa por una obra que no era la suya y de la que no sacó ningun beneficio. Cuando los que se habian librado de todos los peligros, paseado la bandera francesa de las orillas del Nilo á las del Niemen, de Viena á Madrid, de las Pirámides al Kremlin, regresaron lisiados y fatigados, la Clase media no se ocupó de ellos. Compróse una nariz postiza á los que habian perdido la suya en la Berezina ó en otra parte y se les envió al Campo de Asilo....

La Clase media victoriosa organizó muy hábilmente su conquista. El carácter dominante de su establecimiento fué una especie de hipocresía jansenista, protestante, franc-masona, frasista y declamatoria que se llamó el liberalismo; hubiérase distinguido en él, mirándolo de cerca, la truhanería, la fantasia maliciosa, la concupiscencia astuta que inspiran los personajes de *Pathelin* y de la *Fábula del Zorro*.

Uno de los últimos actos de la Convencion fué abolir la confiscacion. «Estos restos de las barbaries de otros tiempos,» como os dirán los Manuales redactados por hijos de compradores de bienes nacionales, era realmente una me-

dida de gran moralidad. Era la que contribuía á dar á la propiedad su carácter de función social. Luego que un hombre había hecho traición á sus deberes, era indigno de ejercer su función de rico, era degradado, declarado en mengua (1). La Clase media procuraba, al contrario, marcar perfectamente el carácter absoluto, imprescriptible, indeleble que debía tener la propiedad luego que había pasado á su poder. Era su modo de cerrar la Revolución.

Claudite jam ripas, pueri, sat prata biberunt.

«¡Cerrad las barreras! Los prados de los nobles, de los religiosos, de los antiguos ricos han sido suficientemente regados, gracias á nosotros, con la sangre de sus propietarios; muy nuestros son, y no se hable ya más de esto. Hemos quemado solemnemente, en odio al Fanatismo y á la Aristocracia, los títulos de los antiguos poseedores; los solos verdaderos títulos son los que tenemos nosotros, en virtud del nuevo Código, en poder de los nuevos notarios.»

Repito que este plan es exactamente el mismo que me han desarrollado los Anarquistas con quienes he hablado.» Una vez nos hayamos instalado nosotros, nuestras mujeres y nuestros hijos en los palacios y las casas de los mejores barrios y hayamos incendiado todos los archivos, todas las escribanías, todas las administraciones públicas, muy malo será quien pueda desalojarnos.» Será por cortesía hácia mí, pero muchos me han declarado que en nada querían habérselas particularmente con las iglesias, y que solo pegarían fuego á los registros de bautismos que pueden servir para reconstituir estados civiles.

(1) Augusto Comte, en su *Sistema de política positiva*, ha distinguido muy bien la significación que tenía la confiscación en el punto de vista social.

El hecho es que no se desalojó á los Anarquistas del 93. La Restauración les dió la investidura definitiva de los bienes robados con los millones de los Emigrados. En poco tiempo, las propiedades, al abrigo en adelante de toda reivindicación, ganaron 50 por ciento de valor. La turbamulta de los que no tenían nada era la que aseguraba á los nuevos poseedores de haciendas la pacífica posesión de sus robos, y la Clase media, única que se aprovechaba de la medida, encontraba todavía medio de pasar por liberal protestando contra la ley de que salía beneficiada. En esto estribaba la punta de malicia vulpina que se trasluce en todos los personajes de Clase media de los antiguos romances.

Por otra parte, la Clase media había hecho pasar sobre la colectividad todas las cargas que antiguamente gravaban las propiedades que había adquirido ella mediante unos cuantos trapajos de papel. La asignación del clero, la asistencia pública, la instrucción primaria, todos los servicios satisfechos antes por las propiedades vendidas durante la Revolución recaían sobre el mayor número, y los compradores de bienes nacionales tenían las haciendas, mientras que el Estado tomaba sobre sí las obligaciones, es decir las cargas encima de todos los ciudadanos.

Mercier ha expuesto muy claramente este punto en el artículo *Gaucherie* de esta curiosa *Neología*, donde trata revueltamente las cuestiones de gramática, historia y economía política.

La Asamblea constituyente, dice, ha dado á los propietarios 60 millones de diezmos que pertenecían parte á la nación, parte á la pobreza, y ha acabado (á fin de auxiliar á los hospitales) por pedir 51.500,000 libras á los pobres cuyo trabajo, en último análisis, lo paga y salda todo. Semejante decisión ¿estaba fundada en la naturaleza, en la justicia, en la humanidad?

No. Esta insigne torpeza vale por sí sola tanto como las que se cometieron despues (1).

De aquel día quedaba constituida esta nueva fortuna de la propiedad que puede llamarse el *propietariado*, propiedad impía, egoísta, gozosa, que no reconoce deberes, y que, en desquite, es implacable cuando se trata de hacer valer sus derechos.

Despues de haber constituido la propiedad sobre bases enteramente nuevas, la Clase media organizó el trabajo á su manera.

El trabajo es la ley necesaria de toda sociedad humana, el castigo del hombre caído, pero en el mismo castigo, Dios continúa siendo misericordioso; al lado del juez que castiga hay el padre que pega suavemente. La ley divina no es una ley de bronce.

La palabra de Dios, además, es formal.

Dios ha dicho al hombre:

«Ganarás tu pan con el sudor de tu frente.»

No dice al hombre:

«Ganarás por tu trabajo no solamente el pan, sino también los placeres, las orgías, el lujo, los carruajes, los trenes de caza de los Schneider, de los Halphen, de los Menier.»

Dice al hombre: «Sudarás,»—lo que, despues de todo,

(1) M. Coquille ha demostrado maravillosamente lo que era el diezmo. El diezmo no era una porción de la renta del propietario, sino una parte del derecho de propiedad. El suelo que lo pagaba no era del propietario sino en los nueve décimos; no había sido comprado y traspasado sino con la condición de que un décimo de las rentas en naturaleza fuera reservado á otro propietario. Sieyès ha demostrado en un folleto célebre, que aboliendo el diezmo, la Revolución francesa hacía á todos los propietarios un regalo equivalente al décimo del valor total de su propiedad. Hubiera sido de más sencillo buen sentido que el Estado se atribuyera la propiedad de los diezmos más bien que entregarlos sin compensación á los que no tenían ningún derecho á los mismos.

es soportable, pero no le dice: «Vivirás encerrado en una atmósfera mortífera, agotarás las fuerzas de tu cuerpo, vaciarás tus tuétanos y quemarás tu sangre para producir azúcar ó cotonada.»

Nuestra buena y santa madre la Iglesia, encargada por Nuestro Señor Jesucristo de ser una Providencia visible en la tierra y de organizar todas las cosas para lo mejor posible, había también, cuanto había podido, suavizado en la práctica el cumplimiento de la ley de Dios. Suave guía de las almas al mismo tiempo que vigilante casera para las cosas temporales, no había permitido que el trabajo tomara el carácter de odiosa y bárbara explotación que actualmente tiene. Solo buscaba ocasiones para dar vacaciones, licencias; tenía por de pronto sus 52 domingos, despues las fiestas de guardar y luego las romerías (1). Íbase al sepulcro de san German, de san Lupo, de san Huberto segun el país; bebíase sobre el altar el vino de san Remigio, que hace á las mujeres fecundas, y como se usa todavía actualmente en Auvernia, se danzaba un poco en la posada ó en la pradera des-

(1) Bajo el antiguo régimen, dice Pablo Lafargue, las leyes de la Iglesia aseguraban al trabajador 90 días de descanso (52 domingos y 32 días feriados) durante los cuales estaba estrictamente prohibido trabajar. Era este el gran pecado del Catolicismo, la causa principal de la irreligión de la Clase media industrial y mercantil. Bajo la Revolución, luego que fué dueña, abolió los días feriados y reemplazó la semana de siete días por la de diez, á fin de que el pueblo no tuviera más que un día de reposo cada diez. Libró á los obreros del yugo de la Iglesia para someterlos mejor al yugo del trabajo.

«El odio contra los días feriados no se manifiesta sino cuando la moderna clase media industrial y mercantil toma cuerpo entre los siglos XV y XVI. Enrique IV pidió su reducción al Papa; se negó á ello porque «una de las herejías que actualmente se manifiestan es tocante á las fiestas» (*Cartas del cardenal de Ossat*). Pero, en 1666, Péréfixe, arzobispo de París, suprimió diez y siete de ellas en su diócesis. El Protestantismo, que era la religión cristiana, acomodada á las nuevas necesidades industriales y comerciales de la Clase media, fué menos cuidadosa del reposo popular: destronó del cielo á los santos para abolir en la tierra sus fiestas.»

pues de la romería. El marido, al regresar, departía honradamente con su mujer y le hacía hermosos hijos.

La Iglesia decía: «¿Son sensatos todos mis hijos? ¿son felices?» y pensaba, no sin razón, que esto era lo esencial, y que siempre había bastantes gregüescos para cubrir las *pudenda* de la pobre gente, bastantes caperuzas para abrigar las cabezas, bastantes marmitas para cocer la sopa.....

No se había inventado aún la ocurrencia insensata que impele á los hombres á agitarse como si padecieran la enfermedad del baile de san Vito. La organización de entonces tenía sencillamente por objeto hacer que cada uno viviera lo mejor posible y cada uno estaba obligado á prestar fraternal auxilio al vecino en lugar de combatirle y envilecer de este modo la obra y precio de la misma.

Quien fuere molinero, dice el *Reglamento de las corporaciones*, ya dueño, ya obrero, conviene que jure sobre las reliquias de los santos que guardará los buenos usos y las buenas costumbres; y que si alguno de los vecinos necesita de él, sea de día ó de noche, que le ayude en lo que pueda y si no lo hace será perjuro.

Cuando se tenía necesidad de ayuda, se iba á llamar á la puerta del lado.

Todo amo, dice el *Reglamento de los curtidores*, que tenga á lo menos 3 obreros, está obligado á prestar 1 á su cofrade «que tenga labor urgente y necesaria, para ayudarle á hacerla.»

Lo mismo sucedía cuando no se tenía trabajo. Los sastres deciden señalar un sitio especial donde se encuentren los amos sin trabajo para comunicarlo á los que tengan demasiado, á fin de que todos puedan estar ocupados y ganarse la vida.

Cuando un maestro bordador había contratado un trabajo importante, estaba obligado á compartirlo con los demás

amos, y darles parte del encargo para que lo hicieran al mismo precio que él mismo lo había aceptado.

La Clase media cambió todo esto; no creyéndose ligada por ninguna obligación moral con aquellos cuyas fuerzas utilizaba, imaginó el trabajo sin reposo, sin tregua, el trabajo que no dejaba ya al ser humano un minuto para recogerse, para orar, para pensar, y á esto lo llamó el Progreso; el Triunfo del siglo XIX; la Gloria de la nueva era. La sociedad cristiana había hecho del trabajo un medio de ganar el cielo sin padecer demasiado en la tierra, la sociedad de la clase media hizo de él un medio para entrar inmediatamente en el infierno (1).

Cada fabricante quiso aumentar de precio sobre el competidor y tener más negros blancos que él. El jefe del

(1) El socialismo alemán ha acusado perfectamente el carácter áspero y seco que la Clase media victoriosa dió á las relaciones sociales de las que hizo desaparecer toda filosofía, toda cordialidad y toda ternura.

«Donde quiera que la Clase media ha conquistado el poder, dice el Manifiesto del partido comunista elaborado y publicado por Karl Marx y Federico Engels, ha pisoteado las relaciones feudales, patriarcales é idilíacas. Todos los lazos multicolores que unían al hombre feudal con sus superiores naturales, los ha roto sin piedad para no dejar subsistir entre el hombre y el hombre otro lazo que el frío interés, que el duro *dinero contante*. Ha anegado el éxtasis religioso, el entusiasmo caballeresco, el sentimentalismo del pequeño menestral en el agua helada del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio, ha sustituido á las numerosas libertades tan caramamente conquistadas la única y despiadada libertad del comercio. En una palabra, en el lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas ha puesto una explotación directa, brutal y desvergonzada.

En *Capital y Trabajo*, Lassalle tiene igualmente algunas líneas acerca de las relaciones *humanas* de antiguos tiempos opuestas á las relaciones del asalariado actual con el que le emplea y que á menudo no es el mismo sino un agente, el representante de un amo figurado en papel, de una sociedad anónima. «La relación, dice, fría, impersonal del empresario con un trabajador considerado como *cosa, cosa* que, como cualquiera otra *mercadería*, se produce en el mercado según la ley de la producción, hé aquí la fisonomía absolutamente característica y enteramente *inhumana* del período menestral.»

Estado iba de vez en cuando á visitar las plantaciones, y se le ponian de manifesto los modelos.

—¿Cuántos teneis como este?

—Tres mil, señor.....

—Y los teneis ocupados todo el año?

—Todo el año, Majestad.

—Aqui está lo más ilustre de los bravos.....

Luego que se influía un poco, los estadistas gritaban azorados: «¿Dónde vamos á parar? Inglaterra fabricó el año pasado 375 millones de botones para pantalones y nosotros no hemos producido sino 374 millones!»

Cuando, por casualidad, acordándose un obispo de la mision de la Iglesia, intentaba insinuar tímidamente que la misma bestia de carga no debe ser inhumanamente estropeada, algun Havin criminal, en algun *Siècle* servil, tomaba por su cuenta la causa de los amos y preguntaba, en nombre de la Democracia, si ya no se estaba bajo el reinado de las luces y si se iba á retrogradar á los malditos tiempos en que el hombre tenia el derecho de descansar.....

¿Habeis sentido alguna vez la alegría de encontrar escrito en alguna parte lo que vosotros habiais pensado y dicho mil veces? Esto lo he experimentado yo abriendo el *Derecho á la pereza*, folletito de Pablo Lafargue que es relativamente poco conocido, porque la literatura de propaganda socialista, que contiene algunos tomos interesantes, no es todavía del dominio del público en la acepcion de esta palabra. Sino lo deslucieran algunas blasfemias inútiles que son sin duda concesiones del autor á su partido, esta especie de carda inspirada en algunas ideas de Karl Marx distaria muy poco de ser una obra maestra de ironía, erudicion pintoresca y de festivo buen sentido. Por cierto que es muy superior á Pablo Luis Courier.

Todos le hemos conocido al partidario del progreso al que parece dirigirse Lafargue. Era un Julio Simon, un Say, un Passy cualquiera, un miembro de la Academia de Ciencias morales que oculta á buen seguro á los más desvergonzados malhechores intelectuales, á los más despreciables sofistas que jamás haya visto el mundo.

Entona su antifona: «La industria, la reina de nuestra época, los campos de batalla del trabajo, Inglaterra, Francia luchando pacíficamente.» Añade generalmente: «El libre pensamiento ha producido todo esto;» y murmura con voz trémula por falsa indignacion: «Ved, al contrario, lo que el Catolicismo ha hecho de España.»

A ese sin vergüenza le he contestado mil veces poco más ó menos lo que le responde Lafargue.

—Viejo farsante, no desenfardeis esta literatura de Exposicion universal delante de personas inteligentes. Mirad, pues, á un español antes de hablar: arrogante, mirada altiva, sano, simpático, vive digna y noblemente, ora entona cántigas á su hermosa, las canta á la luz de las estrellas, se toma una jícara de chocolate ó un vaso de agua clara que es muchísimo más sana que nuestro vitriolo, sueña y trabaja exactamente lo debido para obedecer la ley de Dios. Mirad ahora vuestros pueblos industriales, mirad Manchester, mirad Liverpool, considerad esos seres deprimidos, encorvados, anémicos, linfáticos, embrutecidos, que solo se sostienen con el auxilio del alcohol. Entrad pues en las covachas donde el padre, la madre, los hermanos, las hermanas viven en la más vergonzosa promiscuidad, se hartan juntos, se aparean juntos, confusamente, como bestias. Eso es lo que celebráis como lo más allá del Progreso. ¡Es natural!»

Lafargue ha descrito excelentemente estas evidencias y el cuadro que pinta de la buena vida de antiguos tiempos está lleno de color.

Para que la competencia del hombre y de la máquina tomara libre vuelo, escribe, los proletarios han abolido las prudentes leyes que limitaban el trabajo de las antiguas corporaciones; han suprimido los días feriados. Porque los productores de entonces no trabajaban más que cinco días de siete, ¿creen pues, según lo refieren los economistas mentirosos, que no vivían sino del aire del cielo y de agua fresca?—¡Vamos pues!—Tenían ocios para saborear las alegrías de la tierra, para hacer el amor y divertirse; para banquetear alegremente en honra del gran dios de la Holgazanería. La melancólica Inglaterra, enjaulada en el protestantismo, se llamaba entonces la “alegre Inglaterra,” (*Merry England*).—Rabelais, Quevedo, Cervantes, los autores desconocidos de las novelas picarescas, nos engolosinan con sus pinturas de las monumentales francachelas con que se regalaban entonces entre dos batallas y dos devastaciones, y en las que todo “se remataba con copas.”—Jordaens y la escuela flamenca las han escrito en sus alegres telas. Sublimes estómagos gargantuescos ¿qué os habeis hecho? Sublimes cerebros que conteniais todo el pensamiento humano, ¿qué os hicisteis? Muy degenerados y muy empequeñeci los somos nosotros. El pan de muchos hornos, la patata, el vino fucsinado, el schnaps prusiano hábilmente combinados con el trabajo forzado han debilitado nuestros cuerpos y limitado nuestras inteligencias. Y cuando el hombre reduce su estómago y la máquina ensancha su productividad, entonces los economistas nos predicán la teoría de Malthus, la religión de la abstinencia y el dogma del trabajo. Pero sería necesario arrancarles la lengua y arrojarla á los perros.

La Clase media destruyó de este modo más generaciones de hombres que todos los conquistadores de otras épocas. Los conquistadores no suprimían más que los individuos, la Clase media hería á las razas depositando en ellas gérmenes de muerte; en menos de un siglo, porque el gran vuelo industrial no data sino de 1830, ha devorado casi todas las reservas que le habia dejado el Antiguo Régimen. La Monarquía, después de mil años, se habia resumido en los gigantes de las guerras de la República y del Imperio, en los hombres superiores á todas las fatigas, templados,

musculados, robustos de alma y cuerpo. El reinado de la Clase media se resume, después de ochenta años, por las cárceles y los hospitales llenos, los numerosos suicidas, el alcoholismo que de las grandes ciudades, invade las aldeas, la espantosa degenerescencia física y moral de todo un pueblo.....

Una vez más hubo un momento propicio para la Clase media; tenia historias interesantes y sentimentales para todas sus combinaciones y para todas sus necesidades. No se avenia ya á que uno se casara jóven como antes y preferia que sus hijos esperaran á tener, como se dice, una posición; pero, á fin de que la edad de las pasiones no costara nada á su progenitura, inventó toda una literatura: la griseta, el Barrio latino, Musette, Mimi Pinson, que solo tenia un vestido.....

El jóven menestral encontraba una jóven que no le costaba nada, que le entregaba los mejores años de su vida y que le zurcía y remendaba la ropa; después la despedía é iba á establecerse procurador, notario, magistrado. El hombre tomaba actitudes solemnes en el pretorio de su pueblo natal, respiraba el fresco, las tardes de verano, en el terraplen, cerca del riachuelo, ó, en invierno, se calentaba los piés en sendos fuegos de gruesos tizones, jugando el whist de familia. La jóven descendía, rodaba por el fango, y para comer, debajo de la lluvia, de la nieve en el horror de las calles de Paris en diciembre, iba á murmurar vagos llamamientos al transeunte, quien, viéndola vieja y fea á la luz de un mechero de gas, se salía del paso con una injuria.

¿Á qué madre de la Clase media le pareció jamás considerar como mala esta manera de obrar, ó pensar que la infeliz abandonada por su hijo era una mujer como ella? El Pueblo encontraba eso muy natural, como encontraba



excelente hacer revoluciones para que los de la Clase media fueran ministros, adoraba al estudiante que pervertía á la joven modista ó á la florista y cantaba todas las canciones lloronas compuestas sobre la materia por los Nadaud y los Murger.

En esta clase de antiguos busingotes, viejos corruptores de muchachas, tunos de fumadero, alistó Gambetta su personal de servidores de la Democracia. Entre los pasantes de Derecho había encontrado el Imperio hartos despechugados para convertirlos en magistrados—los Constans, los Cazot, los Humbert—á quienes la República escogió para ministros suyos. Lepère, que reunía acumuladas las funciones de vice-presidente de la Cámara y de tenedor de un parlachín, fué el poeta de la cosa; compuso para celebrar los recuerdos comunes, una canción de que estaba orgulloso. Llamábase: *Mon vieux quartier latin*; tenía apego á esta obra y reivindicó su paternidad, explicando extensamente en los periódicos que se había inspirado bebiendo vino blanco, por la mañana, en un figon oscuro, después de haber rondado toda la noche.

Esta clase media: médicos, abogados, veterinarios de provincia, postes de cafés, de garitos y de logias masónicas, constituyen todavía el personal de nuestro Parlamento, en el Senado como en la Cámara; parecen indestructibles y como conservados por el alcohol y el humo de las pipas; no tienen una idea social, y, aunque se hayan mezclado tarde en negocios rentísticos, se han mostrado en ellos más pícaros que los jóvenes. Estos tales echan al rentista demasiado tarde cuando comienza á volar; los viejos la acechan en el magistrado, y, ya se metan con el adversario, como Humbert en la Union general, ya con el acusado, como Dauplin en el negocio Erlanger, dan los golpes acertados, sin decir nada, casi dignamente.....

Si la antigua Francia había sido feliz y gloriosa durante largos siglos, débese á que se había cuidadosamente guardado del judío. España había suprimido el judío por la hoguera, la Francia, más lista y más humana, había impedido al judío que naciera en ella, merced á la inexorabilidad de su sistema económico. La Francia de la Clase media no supo ó no pudo hacer otro tanto. El judío se cobijaba debajo del mismo paraguas que la Clase media, los principios del 89, declaraba no tener que ver con las teorías con que se había dado importancia la Clase media y fué preciso soportarlo quieras que no. En realidad de verdad la Clase media trabajó á favor suyo y sobre todo hizo trabajar á los demás. El Zorro espera que los polluelos hayan crecido para comérselos, el judío esperaba que el monote estuviera formado, y se lo llevaba con un gesto blando, sonriendo.

Para los judíos no hay necesidad de utensilios complicados, su profesion se ejerce empuñando el baston: papeles orlados, una olla de engrudo para fijar los carteles, y se acabó. Con un prospecto como el de Honduras, los Bischoffsheim, los Schreyer y los Dreyfus roban 80 millones al Ahorro francés. No hay industria tan remuneradora. En vano los industriales más malignos disminuirían los salarios, aumentarían el trabajo, reducirían sus obreros al estado de fantasmas, jamás llegarían á producir bastantes hilos, rails ó panes de azúcar para ganar semejante cantidad en un año.

La Clase media explotando al Pueblo y despojada á su vez por el judío,—tal es pues el resumen de la historia económica de este siglo. Todo el inmenso gasto de actividad, de fuerza, de inteligencia tambien, la producción loca, las existencias humanas arrojadas á la hornaza, los fuegos encendidos día y noche en las fábricas, las chimeneas de elevados hornos no cansándose jamás de enviar su humo al